

Martes, 12 - Noviembre - 2013

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial. Vuestra Madre, que tengo mucho sufrimiento, hijos míos, en mi Corazón; pero todo pasará. Ya veis, hijos míos, cómo todo está pasando; pero el Padre..., el Padre Celestial, está en el Cielo, ya no puede más y ya está anunciándolo todo.

Quiero, hijos míos, que pidáis mucho, oréis mucho: le pidáis al Padre que tenga compasión del mundo; que el mundo también va a decaer todo. Será por todos los sitios, hijos míos. El Padre está triste también, porque Él no quiere; pero está todo muy mal; está todo... Será, como dice mi Amado Jesús: ***“Madre, el hombre... no se quieren ni ellos mismos; porque fíjate, Madre, se hacen daño ellos mismos unos a otros. Se dicen que se quieren, pero luego no se quieren; porque van cada uno a lo suyo y no se preocupan de los demás, de sus hermanos, si están bien, si necesitan que les ayuden para caminar.”***

Nada, hijos míos. Vosotros -siempre os lo pido y siempre os lo digo- pedid mucho al Padre, y decidle, hijos míos: ***“Que todavía queda mucho, que no agache el dedo, y que sea compasivo y tenga Misericordia y Amor, ya que los hombres no lo tienen”***. No tienen misericordia para nadie, ni amor. ¡Qué pena, hijos míos, que los mismos hermanos, que salen todos del Corazón del Padre Celestial, son malos! Qué pena que ese hermano que está ahí esperando, cuando llega a su encuentro si ve que viene a pedir algo que no le convenga le dice: ***“Hermano, yo no te conozco; yo no sé quién eres”***. Aunque le conozca lo dice.

Yo, vuestra Madre Celestial, siempre voy detrás de todos vosotros; siempre voy alumbrando con mis rayos de Luz, para que el mundo tenga Luz y tengan todos Amor. Pero qué pena tan grande es hacerse daño los unos a los otros. Yo eso no lo quiero; Yo quiero que todos sean iguales, que cada uno tenga el amor que el Padre quiere que lo tenga; pero que no sea para él; si lo tiene que dar a otro hermano porque lo necesite, dádselo, y no digáis: ***“Yo si lo doy me quedo sin ello”***. No, hijo mío, porque el que dé su amor o todo lo que tenga, el Padre luego se lo recompensa; porque dice: ***“Mi hijo, que ha dado lo que tenía para su hermano, Yo voy a dárselo el doble; y así él también tendrá otra vez todo lo que le ha dado a su hermano, para cuando venga otro hermano que lo dé también”***.

Y así, hijos míos, será, porque así ha sido siempre. Nunca, hijos míos, hemos mirado... Cuando Yo estaba ahí en el mundo con los..., siempre todo nos lo dábamos los unos a los otros; y nunca se quejaban como ahora, hijos míos. ¿No veis cómo están sumisos ahí aguantando y diciendo: ***“¿Cómo esto me ha pasado a mi?”*** Hijo, no lo esperabas. Y así será, porque el Padre así lo ha dispuesto. No es porque el Padre Celestial quiera que los hombres se subleven y sean como ellos quieren. Siempre piden su libertad. Hijos míos, ¿para qué quieren la libertad y para qué quieren andar por el mundo solos?,

¿para luego pedir, cuando no les ha gustado aquello que ha pedido, el regreso? Hijos míos, pero el Padre Celestial que es tan misericordioso, que es tan bueno, vuelve a perdonar y vuelve a decir: ***“Aquí estoy Yo otra vez, hijos míos. ¿Veis cómo Yo quiero siempre lo bueno para vosotros? Nunca quiero lo malo”***. Y así es, como cuando el Padre pide y Él todo lo da, hijos míos, abre su Corazón. Abrid vosotros el vuestro y dádselo.

Porque no hay que andar diciendo: ***“A mí no me ha tocado”***. Porque, hijos míos, el que cree que todo lo tiene, que no necesita nada, ¡qué equivocados están!; porque con que el Padre ponga su mano, se le acaba todo: la artesanía se le acaba y no tiene absolutamente nada. Porque Yo lo digo, hijos míos: ***“No presumáis de lo que tenéis, porque ya sabéis que en el momento que el Padre diga: “No presumas, que Yo te lo puedo quitar de momento”***. Así que, hijos míos, sed humildes; sed sumisos y agachad la cabeza, y decid: ***“Yo lo único que tengo es a mi Amado, y lo quiero; y con eso todo me sobra. Porque si Él quiere que yo vaya a un sitio, cuando Él lo manda yo voy a ir si Él quiere que yo vaya”***.

Hijos míos, haced caso de lo que Yo os digo, para que caminéis como el Padre Celestial lo quiere.

Hijos míos, os voy a bendecir para que “el contrario” no vaya en busca de vosotros, porque ahora está muy rabioso, hijos míos, con todos. Tened amor, para que él se vaya muy lejos de vosotros.

“Yo, vuestra Madre Celestial, vuestra Madre que del Cielo ha bajado para bendeciros y para quereros, hijos míos, con el Agua del Manantial del Padre Celestial Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, y del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi Manto celestial. Os quiero y os amo. Hijos míos, sed buenos, que van a venir muchas cosas. Estáis preparados con mi Bendición y mi Amor.

Adiós, hijos míos, adiós.

Viernes, 15 - Noviembre - 2013

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

Mi Paz sea con vosotros, hijos míos. Soy vuestro Amado Jesús. Aquí estoy y he estado, hijos míos. Seguid, porque Yo también me reunía con mis Apóstoles y hablábamos, y Yo les explicaba y ellos escuchaban. Y así tenéis que hacer vosotros, hijos míos, porque sois ahora mis apóstoles, los que andáis por el mundo diciendo y explicando el Evangelio. Tenéis también que ir explicándolo. Eso les decía Yo a mis Apóstoles, les decía: ***“Id y explicad el Evangelio. Explicad toda la Palabra de mi Padre que está en el Cielo, para que vean que mi Padre existe”***.

Yo os digo, hijos míos, que he estado aquí con vosotros. He estado en vuestra conversación. Y así me gusta a Mí, que sea una conversación de paz y de amor. Y si es que Yo esté en esa conversación, me gusta y digo Yo: ***“Hijos míos, seguid y no os echéis***

para atrás, porque el que habla de Mí y de mi Padre, ése siempre tendrá todas las bendiciones que mi Padre le echa desde el Cielo”.

Pero, hijos míos, Yo quiero que estéis siempre reunidos y diciendo a vuestros hermanos: explicadles lo que no sepan, los que más sabéis; sed siempre hermanos espirituales, pero hermanos de verdad, hijos míos. Yo cuando iba con mis Apóstoles les decía lo mismo, les decía: ***“Dejaros de esas tonterías que tenéis de lo uno y lo otro”.*** Yo como vuestro Padre, vuestro amigo y vuestro compañero, Yo soy el que os tengo que explicar las cosas. Pero vosotros todo lo sabéis, porque mi Padre os ha dado ése... para que vosotros comprendáis todo, lo creáis, por las manos de mi Padre Celestial.

Por eso, hijos míos, seguid hablando de Mí y seguid hablando de mi Madre y de mi Padre, que no lo conocéis. Pero me conocéis a Mí y es igual, porque Yo y mi Padre, y mi Padre y Yo somos una sola Persona. Pero mi Padre me mandó ante vosotros para que lo conocierais a Él, porque Él no se podía hacer presente; pero sí os daba su Voz para que la escucharan y luego los sabios escribieran todo lo que mi Padre les decía, para que vosotros vierais la Palabra de mi Padre Celestial y del vuestro; también es el vuestro, hijos míos.

Yo os quiero y quiero que siempre estéis. Tened en cuenta, hijos míos, que Yo siempre voy con vosotros; que Yo siempre quiero lo mejor para mis hijos, para todos; pero para los que están explicando mi Palabra y están conmigo, Yo siempre voy con ellos y siempre estoy diciéndoles: ***“Venga, hijo mío”.***

Esta conversación que habéis tenido hoy no es por casualidad, sino porque Yo quería que la tuvierais. Yo quería tener esa conversación con vosotros, para que vayáis comprendiendo muchas cosas que aún no las comprendéis. Un día las comprenderéis, porque Yo poquito a poco os las voy enseñando, para que no estéis ignorantes y sepáis dar contestaciones cuando llegue el momento de tener que hablar ante otros hermanos que son más rebeldes y hay que explicarles las cosas de muchas maneras, para que comprendan y sean esos hermanos -como Yo les decía a mis Apóstoles cuando andaba por aquí entre vosotros-, les decía: ***“Venga, que os voy a explicar”;*** porque no sabían. Daros cuenta que Yo no escogí a sabios. Daros cuenta que Yo no escogí a aquellos que sabían. Yo escogí a pescadores. Yo cogí a hombres humildes que no sabían nada, nada más que trabajar de día y de noche. Y mi Padre en el momento que les hablé les dijo: ***“Tú eres para acompañar a mi Hijo”.***

Y Yo era hablarles y ya todos tiraban todo lo que estaban haciendo y allá que se venían conmigo, y no miraban que tenían su casa y no miraban que tenían sus quehaceres -como ahora sois, hijos míos-. Ahora todo es darle vueltas y darle...; lo mareáis mucho y al final no acabáis. Porque ellos llegaban y Yo les decía: ***“Vais a ser pescadores, pero pescadores conmigo; pescadores de hombres”.*** Y no había que decirles más, ya venían.

Vosotros no lo hacéis eso ahora, hijos míos, no lo hacéis. Si Yo llegara ante vosotros y os dijera que tenéis que veniros conmigo, que no me conocierais que era vuestro Amado Jesús, no veníais; y sin embargo, ellos todo lo tiraban y todos venían. Pero mi Padre a su familia, su casa..., era el que les daba para que pasaran su vida y no pasaran necesidades; porque el hombre que ganaba se iba. ¿A que es difícil? ¿Verdad, hijos míos, que ahora no se haría eso? Pues lo hacían, pero mi Padre desde el Cielo lo preparaba

todo, hijos míos; y qué contentos estaban, no se acordaban de que tenían familia ni que tenían nada.

Por eso, hoy Yo he querido dejar todo atrás: las penas, que hay muchas; los dolores, que hay muchos. Y he querido daros esta poquita satisfacción, que tengáis en vuestro corazón, hijos míos. Pensad en nuestros Apóstoles, que hoy estaban aquí a mi lado conmigo. Pensad que vosotros si queréis ser mis apóstoles, al final donde estaréis es a mi lado conmigo, con mi Padre Celestial; pero, hijos míos, hay que ser buenos; hay que perdonar, hay que ser humildes, hay que bajar la cabeza y decir sí a todo; y no querer ser siempre los primeros, ni querer decir: **“Yo soy”**. Tú no eres nada si mi Padre no quiere que tú lo seas.

Así que, hijos míos, vamos a darle alegría al Padre Celestial. Mis hijos que me queréis seguir, seguidme pero de verdad. Si Yo un día os digo que os necesito, tenéis que venir conmigo. No os lo penséis. Y Yo estaré con vosotros y con vuestra familia. Porque si Yo os necesito, Yo sé que tenéis vuestra familia; pero Yo y mi Padre no los dejamos, porque esa familia estará mejor que con vosotros.

Hijos míos, seguid orando, pidiendo. Siempre decid: **“¡Aleluya!, mi Amado Jesús quiere que yo sea un apóstol de Él”**. Como, luego, cuando llegue el momento, aunque vuestra vida corra peligro, ¿la daríais por Mí, hijos míos?

-“Sí, Señor”.

Pues los Apóstoles dieron la vida por Mí. Así que, hijos míos, medita. Dejaros de andar por cosas que no tienen..., que no pueden traeros nada más que malo. Así que Yo os voy a bendecir, y pediré al Padre Celestial que os proteja a todos mis segundos apóstoles.

“Yo, vuestro Amado Jesús, con el Agua del Manantial de mi Padre, con el Amor, con la Fuerza, Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+. Amén”.

Hijos míos, todos quedáis bendecidos por el Padre Celestial, con el manto de Luz que tiende para que os cubra y os bendiga. Y ya os protegeré no con el Agua sino con la Luz de mi Padre Celestial.

Hijos míos, adiós.

Martes, 19 - Noviembre - 2013

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial, vuestra Madre que del Cielo ha bajado para estar aquí entre vosotros, entre mis amados hijos. Yo, hijos míos, tengo el Corazón roto de pena y de dolor. Pero, hijos míos, éstas son cosas que tienen que pasar, porque escritas están y pasarán; aunque algunos hombres creían que nunca llegarían, pues hijos míos ya están llegando. Así que os pido que oréis mucho y que pidáis mucho por vuestros hermanos, esos que no creen en nada; esos que están ahí que piensan que todo termina cuando termina... No, no termina. Se lucha y se hacen otra vez. Pero ya verán cuando

llegue el momento y les llegue a ellos.

Vosotros, hijos míos, orad para que estéis en ese momento con el Padre Celestial orando y pidiendo por vuestros hermanos; pidiéndole al Padre con los brazos abiertos, diciendo: **“Padre, sálvanos. Padre, que somos tus hijos que te hemos amado”**. Y ya el Padre veréis cómo os va a pedir lo mismo que Yo: que pidáis por vuestros hermanos; que tengáis amor hacia todos; que no pidáis explicaciones a cosas que no las tienen. Porque vosotros sabéis, hijos míos, que hay cosas que no tienen explicaciones. Solamente el Padre Celestial es el que sabe dar parte a eso; pero como el Padre está, hijos míos, tan disgustado, pues ya todo es orar y pedir. Así como Yo también pido al Padre por todos vosotros, por todos vuestros familiares. Pero, hijos míos, haced algo, moveros; no os quedéis ahí, porque el que no se mueve por las cosas del Padre Celestial...

Y decid que esto ya está llegando, que ya son cosas que no se puede decir que no. Que cojan la voluntad del Padre; que cojan lo que el Padre Celestial ante los Profetas escribió diciendo todo lo que pasaría. Luego, ante mi Amado Jesús, todo lo escribió Él y decía todo lo que el Padre le decía que dijera.

Yo quisiera que vosotros fuerais diciéndoles a vuestros hermanos: **“Estad preparados”**. Pedid al Padre que vuestra puerta la pasen y no lleguen. Decidle al Padre y pedidle por todos los hermanos, que hay muchos que no conocen al Padre. Que se den a conocer y digan: **“Yo voy a darme a conocer ante mi Padre”**. Y que no vivan así como apartados de la Verdad, de la purísima Verdad.

Hijos míos, vosotros que conocéis al Padre; vosotros que conocéis a mi Amado Hijo, explicadles y decidles que ahí está esperando con los brazos abiertos; que Él se pone muy contento cuando sus hijos le dicen: **“Padre, aquí estoy. Padre, perdóname de todo lo que he hecho, lo que hago y lo que haré”**. Y no olvidarse de que hay que pedir perdón para todo al Padre, porque el Padre es el que todo lo tiene y todo lo puede dar.

Hijos míos, andad y coged el camino recto, porque todavía no lo habéis encontrado; no habéis llegado a él: ese camino recto que llega hasta donde el Padre Celestial. Pero, ¡qué largo es!; y hay quien desde mitad del camino se vuelve porque dice que no puede más; que no quieren tanto andar.

Hijos míos, no os canséis nunca, y decid: **“Todo lo que el Padre ha mandado y ha dicho, todo es santo y todo es bueno; y todo él nos llevará hacia las Moradas de Él, para poder llegar a sus plantas y allí decir: Aquí estoy, Padre, ábreme tus puertas; ábreme tu Corazón, que yo quiero entrar. Yo, aunque he sido malo, pero luego te he amado, te he querido. Perdóname y dame el perdón que necesito, Señor”**.

Seguid. Parece que no hay quien quiera subir ni andar ese camino; pues ese camino, hijos míos, es largo pero es muy corto al final. Al final se vuelve tan cortito que no se hace nada, hijos míos. Y qué difícil lo veis, cuando eso es nada más que decir: **“Voy a ser bueno. Voy a respetar todo lo que hay a mi lado: a respetar a mis familiares, a mis hermanos, que son mis hermanos de la Tierra que el Padre me los ha puesto para que yo esté con ellos y les diga: Ven acá, hijo mío, que tú y yo somos hermanos, porque el Padre Celestial es Padre nuestro y Padre de todos”**. Y así iréis diciéndoselo los unos a los otros: que vayan abriendo su corazón todos. Decid que ya va quedando poco, que ya llegó el final, hijos míos.

Seguid pidiendo, y que no todo lo que Yo os mande... Veréis que Yo siempre os mando cosas que podéis. Y no digáis: **“Yo no puedo hacer esto”**. Porque Yo sé que podéis. Pero lo que he dicho antes: todo se vuelve muy largo y muy grande para vosotros, cuando es tan cortito y se llega tan pronto, hijos míos. Pues pedid, pedid mucho, para que podamos presentaros al Padre. Decid: **“Padre, aquí están tus hijos que tanto han sufrido; que tanto han hecho por poder llegar a ver tu santo Rostro”**.

Hijos míos, os voy a bendecir para que quedéis bendecidos. Hijos míos, tened cuidado *“del contrario”*, que está muy cerca; que está largando sus garras por todos los lados. Y ésa es la bendición que Yo os voy a echar, para que no llegue a vosotros, hijos míos.

“Yo, vuestra Madre Celestial, vuestra Madre que del Cielo ha bajado, con el Agua del Padre, del Manantial; esa Agua tan hermosa, con esa Luz y esa Fuerza para todos vosotros. Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi Manto celestial. Os quiero y os amo mucho, hijos míos.

Adiós, hijos míos, adiós.

Viernes, 22 - Noviembre - 2013

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

La Paz sea con vosotros. Soy vuestro Amado Jesús. Aquí he venido para estar con vosotros orando y pidiendo por el Mundo, hijos míos, que hace mucha falta la oración para salvar el Mundo. El Mundo está por todos los lados igual. ¿No lo veis, hijos míos, cómo escrito está en el Libro de mi Padre que todo saldrá y no se quedará nada sin hacer?

Por eso, hijos míos, Yo a vosotros os pido que seáis buenos hermanos; que seáis buenos hijos de mi Padre, para que mi Padre esté contento con vosotros. Yo os pido que oréis mucho, que os ayudéis mucho los unos a los otros, porque si no, hijos míos, si no hay ese amor que tiene que haber...; que mi Padre es lo que quiere: Amor.

Cuando Yo, hijos míos, nací, también estaba todo muy revuelto y no creían que el Hijo de Dios había nacido. Yo he andado por el Mundo sin creerme quién era. Yo andaba por el Mundo como si no estuviera en él, porque nadie confiaba en Mí, solamente mis Apóstoles. Esos hijos que Yo no les digo que son mis hijos, digo que son mis hermanos. Tanto bien que me hicieron entonces; porque ellos, hijos míos, sí morían por Mí; y aún había quien dudaba, pero ellos sí sé que me querían y que daban su vida por Mí.

Hoy, hijos míos, pocos dan la vida por el Padre que en el Cielo está. Hoy solamente el hombre no quiere nada más que su bien y nada más; el bien de sus hermanos les da lo mismo; no quieren ver nada de lo que pasa a su alrededor, solamente ellos pasárselo bien y no amar a sus semejantes.

Por eso, Yo siempre os lo he dicho y os lo diré: que vosotros no seáis así, que defendáis a vuestros hermanos; que cuando llegue el momento de defender a un hermano,

defendedlo como si me estuvierais defendiendo a Mí, porque así hará mi Padre que está en el Cielo: defender a sus hijos, a sus verdaderos hijos que lo quieren, que lo aman. Pero mi Padre es muy misericordioso, y perdona una vez y perdona otra y perdona mucho. Porque el que no perdona no tiene otro camino que ir al camino contrario al que Yo quiero: el camino que llevéis, por el camino ese recto, pero largo; camino de sufrimiento, camino de dolor. No lo quiere nadie, hijos míos; no quiere nadie ese camino; no quiere nadie sufrir, porque sufrir dicen que no se ha hecho para ellos.

No saben que sufrir todos sufrimos, porque Yo no hubiera tenido necesidad de sufrir nada, ni de pasar nada, porque con que mi Padre hubiera levantado una mano todo se hubiera acabado; y sin embargo, tuve que pasarlo todo, para que el Mundo viera que al Hijo de Dios todos le hacían más que a los que no eran hijos de Dios, sino hijos del hombre.

Yo, hijos míos, solamente os pido eso: que siempre estéis y ayudéis a todos. Decid, cuando no podáis ayudar a un hermano: **“Padre, yo no puedo ayudarlo; ayúdame Tú a ayudarlo”**. Y mi Padre os mandará a los Ángeles para que os ayuden, hijos míos

Sed buenos hijos del Padre vosotros también, y no echéis la cara atrás cuando veáis un sufrimiento; no echéis la cara atrás cuando veáis a un hermano que está sufriendo, que está llorando; decidle: **“¿Qué te pasa, hermano mío?, ¿puedo ayudarte?”**. Porque así es como mi Padre quiere, y así veréis el último día la recompensa y el Amor que os va a dar mi Padre a vosotros, hijos míos, mi Padre que es el vuestro también.

Hijos míos, qué pena me da cuando veo que un hermano está sufriendo y pasa por al lado otro y le da igual, ni siquiera le dice: **“Hermano, ¿qué te pasa?, ¿por qué sufres?”**; él va a lo suyo y lo demás le importa nada.

Yo quiero, hijos míos, que vosotros cambiéis de lugar, de puesto, y decid: **“Mi corazón está abierto para todo el que me necesite; este corazón que mi Padre Celestial me ha dado, humilde pero bueno, para dárselo a mis hermanos, el que lo necesite”**. Hijos míos no seáis..., y no rodeéis la cara ni la cabeza; porque, ¿os gustaría a vosotros, hijos míos, estar ahí ante la cara de mi Amado Padre y que mi Padre al veros os rodee la cara?; no queréis, pues no lo hagáis vosotros tampoco; porque el que le rodee la cara a un hermano que lo necesite, se la está rodeando a mi Santo Padre, hijos míos. El que no le da al que está necesitado, y le está negando, pues está negando a mi Padre; porque al que no le da es a mi Padre.

Cuando Yo, hijos míos, un día -porque estoy bajando- esté entre vosotros y os pida que me deis de comer en vuestra casa, si me conocéis me daréis; pero si no me conocéis, me negaréis. Eso es así, cerraréis la puerta y diréis: **“En mi casa no, porque es un desconocido”**. Pues, hijos míos, abrid los ojos, que va a llegar un día que eso va a pasar, no estando ya muy lejos. Hijos míos, tened mucho cuidado y abrid; cuando alguien, un hermano pobre se acerque a vosotros y le neguéis, a lo mejor me estáis negando a Mí. Hijos míos, abrid, que se está aproximando el tiempo.

Os voy a bendecir, para que quedéis bendecidos, para que nadie os pueda hacer daño: el enemigo, que está ahí siempre alrededor y quiere llevarse a muchas almas; almas que son de mi Padre y se las quiere llevar. Hijos míos, tened cuidado.

“Yo vuestro Amado Jesús, con la Luz del Padre Celestial, el Amor, la Fuerza, y

con el Agua del Manantial del Padre Celestial; Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bendecidos por las manos del Señor, para que el enemigo no se pueda acercar, hijos míos.

Adiós, hijos míos, adiós.

Martes, 26 - Noviembre - 2013

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial, que aquí estoy orando con vosotros y pidiéndole al Padre, hijos míos, también; porque, hijos míos, Yo también le pido al Padre por todos vosotros y por todos los que más lo necesitan. Pero vosotros seguid pidiendo, no dejéis, que Él está con los brazos abiertos esperando que un hijo suyo le pida. Si al pronto no le puede socorrer, no le puede ayudar, es porque no lo ve conveniente el Padre; porque no puede ser en ese mismo instante, pero el Padre siempre echa una mano y ayuda, no cuando nosotros queremos y lo necesitamos, sino cuando Él puede y quiere, y para cuando Él quiere; porque así es como a nosotros nos viene bien. El que mejor sabe cómo le va y le viene todos los favores del Señor, el que lo sabe es el Señor; porque cuántos hay que ahí arriba suben y no pueden bajar.

Por eso, os lo digo, hijos míos, que vosotros pidáis por vosotros y por vuestros hermanos y por todos. Lo que Él vea que os hace falta, Él os lo da; pero cuando Él lo vea y cuando Él ve el momento, entonces dice: ***“Aquí está lo que mi hija me pidió; voy a dárselo”***. Y va en busca de ella, y dice: ***“Hija, venga, ahora es cuando Yo puedo daros ese favor”***. Y ahí va Él y todo lo hace. Pero nunca desconfiéis de Él. Nunca penséis: ***“Que a mí no me oye, que no me quiere”***. No, hijos míos, nunca desconfiéis. Él sabe cuándo hace falta. Él sabe cuándo es el momento en que tiene que dar.

Claro, hijos míos, pero vosotros -como hijos de la Tierra, y lo pedís y lo necesitáis- pues quisierais que lo tuvierais al momento que lo pedís; pero no sabéis que a lo mejor si os lo da en ese momento, Él sin querer os hace daño; no es el momento de alargar su mano hacia vosotros y no puede ser, porque tiene que ser cuando Él pueda y como pueda. Y así será siempre: el Señor, el Padre que está en el Cielo, hace sus favores y sus cosas cuando Él lo quiere, no cuando nosotros se lo pidamos, para que Él alargue su mano y diga: ***“Yo voy en busca de mi hijo porque me necesita, porque me quiere”***.

Porque, hijos míos, Yo también le he pedido muchas veces al Padre Celestial cuando estaba ahí en la Tierra; necesitaba muchas cosas y se las pedía, le decía: ***“Padre, Tú que estás en el Cielo, échame una mano que lo necesito”***; y no me la echaba, no me la daba; y Yo decía: ***“Pero, ¿cómo puede ser?, si Yo creo que todo lo estoy haciendo bien; que hago todo lo que me manda el Padre”***.

Pero ya lo comprendí que no era en el momento, que Él me lo tenía que dar cuando Él comprendiera que era el momento de darme; cuando Él vea que a Mí no me va a hacer

daño, ni tampoco a nadie que esté a mi lado.

Hijos míos, Yo sé que es muy difícil comprender. El que lo necesita lo quiere, pero el que todo lo ve y todo lo sabe, cree que en ese momento no lo necesitáis tan fuerte. Y vosotros diréis: **“Pero, Madre, yo lo necesito el favor que le he pedido al Padre”**. Sí, hijos míos, lo sé, y tenéis necesidad de ello; pero para Él no es todavía la hora de hacerlo. Y Yo cuando veo, hijos míos, que un hijo mío necesita todo y no tiene nada, digo: **“Así he estado Yo también. Yo no he tenido nada, nada”**. Porque Yo cuando estaba en la casita de Nazareth, allí solita con mi esposo José malito, y no tenía nada que darle; pero es que no tenía nada de nada, y Yo decía: **“El Padre me está viendo. No tengo nada; no puedo darle nada”**. Y Yo..., venía mi Amado Jesús, mi Hijito, y le decía: **“Jesús, Hijo, mira, no tengo nada que darle de comer a tu Padre; es que no hay nada. Porque, conforme está, no le voy a dar que coma unas poquitas de hierbas”**.

Y Él como era..., decía: **“Madre, mi Padre verá; cuando no nos lo ha dado será que no lo necesitamos. Verás cómo nos lo va a dar cuando Él vea que lo necesitamos”**. Él se ponía en oración, y cuando venía decía: **“Madre, mira, ¿ves?; vamos a comprarle a Padre lo que necesite, porque Yo tenía esto en el bolsillo”**. Su Padre que se lo había puesto, porque Él no tenía nada.

Y así lo pasamos nosotros también, hijos míos, y Yo nunca me he desesperado; Yo decía: **“Bueno, pues aquí estamos con el dolor de no tener nada, solamente el día y la noche”**. Pero así un día y otro, y Yo nunca me he enfadado con el Padre, y nunca le he dicho: **“¿Por qué no me lo has dado, si Tú puedes?”**. Yo comprendía que cuando no me lo daba era porque no podía. Y cuando no se puede, hijos míos, hay que tener mucha paciencia; hay que tener mucha humildad y decir: **“Hágase su voluntad, porque el Señor no me va a abandonar; no abandona, lo que pasa es que en ese momento no puede Él tampoco”**.

Yo sé, hijos míos, que lo que os estoy diciendo es difícil de comprender para el que no tiene nada; pero Yo os lo digo porque lo he vivido el no tener nada, nada. Pero se pasaba. Yo confiaba en Él, porque sabía que no nos podía dejar, que Él nos ayudaría a llevar ese dolor y la cruz de su Amado Hijo que todos la tenemos que llevar, hijos míos. Tened mucha paciencia, mucha paz, mucho amor; que el Padre no olvida nunca, siempre está ahí. Lo que pasa es que la vida para vosotros es muy penosa y se necesita coger corriendo lo que Le pides, y decir: **“Bueno, pues ya está”**. Y eso, hijos míos, el Señor las cosas tan cómodas no las quiere; que cada cosa que cojan tus manos te cueste sufrimiento, te cueste llanto y dolor, e ir de camino y sin que nadie lo sepa, hijos míos.

Bueno, pues seguid orando, seguid pidiendo y seguid teniendo paciencia; que veréis cómo todo se va a dar y todo va a llegar, y diréis: **“Bendito sea Dios, que ya ha llegado un poquito la tranquilidad”**. Así que, hijos míos, vamos a tener paz y amor hacia el Padre Celestial. No lo olvidéis nunca, hijos míos.

“Yo, vuestra Madre Celestial, que del Cielo ha bajado, con la Luz del Padre, el Amor y el Agua del Manantial, os bendigo: En el nombre del Padre+, y del Hijo+, y del Espíritu Santo+. Amén”.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi Manto celestial. Os quiero y os amo mucho. Amad vosotros también a vuestros hermanos.

Adiós, hijos míos, adiós.

Viernes, 29 - Noviembre - 2013

NUESTRO AMADO MAESTRO JESÚS

Mi Paz sea con vosotros, hijos míos. Soy vuestro Amado Jesús. Aquí estoy con vosotros orando y pidiendo por el Mundo; porque, hijos míos, eso es lo que Yo os pido a vosotros: que pidáis mucho a mi Padre Celestial, para que no agache el brazo, que esté siempre... Porque, hijos míos, los hombres ya no quieren...; ya todo lo que quieren es nada más que el vicio y nada más. No quieren venir ni creer. Pero, hijos, Yo os lo pido a vosotros, para que vosotros también lo vayáis diciendo, y vayáis diciendo que lean el Evangelio, porque ahí está toda la Palabra de mi Santo Padre y la Mía. Leedlo y dadlo a leer, para que vean que no es todo como ellos piensan.

Porque, hijos míos, todos hemos pasado y todos tenemos...; pero no tengáis miedo, porque mi Padre me mandó a Mí a sufrir al Mundo, para que vieran los hombres que Yo venía a sufrir y a arreglarlo todo; pero no me creyeron tampoco, y estaba viviendo con ellos y estaba haciendo todo. Fui un niño nacido como ellos; pero, mirad todo, hijos míos.

Yo a mis Apóstoles siempre se lo decía, hijos míos: ***“Vosotros id explicando y leyendo el Evangelio, para que cuando suban a la presencia de mi Padre, mi Padre los pueda perdonar; porque mi Padre es misericordioso y todo lo puede”***. Yo, hijos míos, se lo decía; les decía: ***“Vosotros id. No tengáis miedo por nada, que Yo voy con vosotros. No tengáis miedo a todos esos que dicen que todo es mentira y que todo lo pueden demostrar. Que lo demuestren, hijos míos, que lo demuestren; a ver si pueden”***.

Yo eso se lo decía a mis Apóstoles, y ellos veían que era verdad que ellos no podían y Yo sí podía demostrárselo. Yo, cuando íbamos por ahí visitando pueblos y hablando, un día íbamos andando, íbamos muy cansados, muy cansados; íbamos andando y vimos una lucecita que brillaba, y entonces dijeron todos: ***“Maestro, allí hay una luz, será una casita para que descansemos”***. Yo sabía lo que había, pero no quería decirles nada; y les dije: ***“Vamos, hijos, vamos”***. Cuando íbamos a llegar, oímos una voz que decía: ***“¡No acercaros, no acercaros!, porque no puedo abrir la puerta. Soy un leproso”***. Y entonces, Yo les decía a mis Apóstoles que empezaron a correr, les decía: ***“No, hijos, no corráis, no; acercaos más a ellos”***.

“Maestro, ¿y si nos lo contagia?”. ***“Hombres -Yo les decía-, hombres de poca fe, venid. Ésta es la caridad. Si te lo contagia, aguántate; pero vamos a entrar”***. Y el que estaba dentro decía que no entráramos, por favor. Y Yo abrí la puerta y entramos, y ya entraron todos detrás de Mí. Cuando vieron cómo aquel hombre se limpiaba de toda su enfermedad, decían: ***“Maestro, ¿cómo lo has hecho? Porque, ¿cómo es esto que Tú has hecho en este momento?”***. Y Yo les decía: ***“La fe. No tenéis fe ninguna; porque si tuvierais fe, no hubierais dudado en entrar; y sin embargo, todos habéis dudado y***

habéis corrido cada uno por un lado". Ya no sabían lo que iban a decir, y pidieron perdón y dijeron: **"Es verdad, Maestro, no tenemos fe como Tú la tienes"**.

Luego, cuando vieron cómo aquel hombre que lo habían llevado allí, apartado que estaba, que iban y le echaban la comida por lo alto, ¡era una pena! Pues aquella noche, para que mis Apóstoles vieran que su enfermedad no se podía pegar -como decían ellos- no se les podía contagiar, pero sí se podía curar; entonces, ya lo abrazaron. Y Yo les dije: **"Ahora lo abrazáis, que está limpio, que no tiene nada. Y antes corríais"**. Entonces se arrodillaron todos y empezaron a orar y a pedir perdón a mi Padre. Y aquel hombre que estaba con la lepra dijo: **"Yo me voy con vosotros y seré un Apóstol también tuyo. No sé quién eres, pero has venido a salvarme"**.

Y allí pasamos la noche con el leproso. Pero, hijos míos, luego aquel hombre se vino y estuvo con nosotros, y era un hombre buenísimo; era de los que no se le podía hablar de una pena. Por eso, mi Santo Padre dijo: **"Vé allí y salva a aquel hombre"**. Y así se puede hacer con muchos hombres, si ellos quieren; pero como son hoy, ya no; quieren nada más que mucho dinero y pasárselo bien y no tener penas ninguna; y el que tiene, tiene; y el que no tiene, dicen: **"Que se aguante"**.

Eso es lo que hoy hay, hijos míos. No quieren compartir nadie nada de lo que tienen. Y hay que compartir, hijos míos. Hay que darles a esos pobres que andan por ahí. Hay que ayudarles. No echéis la cara atrás cuando lo veáis. No echéis la cara atrás, diciendo como que no lo conocéis; pero, ¿cómo lo vais a conocer si nunca lo habéis visto? Porque tampoco habéis querido verme a Mí; porque el que le echa la cara atrás a uno que me necesita, a uno que necesita a su hermano, me la echa a Mí, hijos míos, y no me están dando la cara.

Vosotros, hijos míos, no hagáis eso; ya que me conocéis un poquito y sabéis que Yo lo que quiero es que tengáis amor, que tengáis unidad, que seáis hermanos -aunque no sea hermanos de sangre- pero sí hermanos; porque Yo os lo digo y soy Hermano, como también soy Hijo del Padre Celestial, y sois hermanos míos y de todos. Así que, hijos míos, solamente os pido que seáis buenos y que ayudéis a aquél que está necesitado y os necesita, hijos míos.

"Pues Yo os voy a bendecir. Vuestro Amado Jesús, con el Agua del Manantial de mi Padre Celestial, con la Luz divina, con la Fuerza y el Amor; Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+".

Hijos míos, os quiero y os amo. Seguid amando vosotros también.

Adiós, hijos míos, adiós.